

minaba su autor hacia la cañada por donde decía bajaban las avenidas de Pachuca, hasta llegar al camino de Zumpango á México y con una longitud de 5,080 varas. Y desde aquí lo continuaba por la calzada, lo hacía subir por una loma hasta cuyo pie contaba 8,981 varas, y desde aquí á la mayor altura 1,622, teniendo en la mayor profundidad de 70 á 80 varas, y de allí lo bajaba á la banda del Norte por la cañada al pueblo de Tequisquiac en una distancia de 3,147 varas. Comprendía, pues, el proyecto de Damián de Avila, una longitud de 19,630 varas, con una profundidad de 70 á 80 más ó menos.

Francisco Gutiérrez Naranjo y su hermano Sebastián Luna, propusieron desagüe hacia el Oriente del lago de Zumpango, como á media legua adelante del anterior, en un tular en parte nombrado de Atocan, inmediato á un sitio despoblado conocido con el nombre de San Juan, donde aseguraron se recogían las aguas que bajaban de los ríos de Cuauhtitlán, Tepetzotlán, Huehuetoca y Pachuca. Tomando como punto de partida este sitio, dejando á la izquierda el pueblo de Zumpango, seguían por el camino real de las Carretas, donde se juntaban con el desagüe de Damián de Avila. Juan de Peralta indicó otro desagüe desde Xaltocan á un recodo que hacía la acequia vieja, por donde desaguaría la laguna de Citlaltepec y río de Cuauhtitlán, encaminándolo luego por el pueblo de Zumpango y estancia de Meléndez hasta el pueblo de Tequisquiac, conforme al proyecto ofrecido por Alonso Pérez Rebelto.

Llegó, en fin, la hora de examinar el sitio señalado como más conveniente para su proyecto por Enrico Martín ó Martínez, y lo acompañaron hasta Nochistongo que era el punto por él indicado, el regidor Francisco Escudero de Figueroa, Juan de Cebicos, Juan de la Isla y Alonso Pérez Rebelto, autor de uno de los proyectos mencionados, quien se opuso desde luego al de Enrico Martín, alegando que «tenía una baja;» pero los presentes convinieron que era de poca consideración, por lo cual prosiguieron en su examen, midiendo la distancia que había desde el pueblo de Huehuetoca hasta el río y laguna de Citlaltepec.

Al día siguiente fueron el virrey y oidores, con Enrico Martín, y éste, al ir hacia Cuauhtitlán, en «el camino y puente del río salado de Gueguetoca: practicó el dicho Enrico Martínez su desagüe, di-

ziendo parecerle mejor se encaminase por allí, desde la dicha laguna de Sitlaltepeque, y que desde el principio hasta el fin de dicho desagüe había 14,850 varas de longitud, y que las ochocientas varas estauan abiertas por vna azequia antigua, y que de profundidad por lo mas alto no tenía mas de 37 varas.»

Esta visita practicada por D. Luis de Velasco, los oidores y personas entendidas, terminó con hacerse un reconocimiento junto al pueblo de Tequisquiac, en un sitio donde se aseguró que había un *sumidero* de la laguna de Zumpango, y habiendo trabajado ocho días ochenta indios en el pantano y hoyo que se indicó, el resultado fué hallarse sólo un ídolo.

Concluídas todas estas diligencias, y no obstante haber asistido á la práctica de ellas los comisarios nombrados por el Ayuntamiento, el virrey ordenó, que si el Cabildo deseaba examinar los autos y demás papeles que existían en poder del Gobierno, para que mejor pidiera, en defensa de la ciudad, se pusieran á su disposición. El Cabildo pidió los autos, y examinados, suplicó que á la mayor brevedad se eligiese el sitio más conveniente para hacer el desagüe, alegando para tomar esta pronta resolución, muchas causas y razones, y ofreciendo una información testimonial del lamentable estado en que se hallaba la ciudad á consecuencia de la última inundación, y necesidad urgente de efectuar el desagüe general. El virrey estuvo de acuerdo con que se hiciera la información, que fué recibida ante el oidor Doctor Juan de Quesada Figueroa, y en la que declararon trece testigos, los cuales estuvieron conformes en el valor inestimable de la ciudad y de sus edificios, y que de no hacerse el desagüe general, México no se libraría del peligro en que se hallaba.

Todavía quiso el virrey, antes de optar por alguno de los proyectos presentados, que se examinaran otros propuestos por el rumbo de Chalco. Vistos por los padres Juan Sánchez, Pedro de Mercado y Bartolomé Santos, de la Compañía de Jesús, y por el Doctor Villerino, Juan de la Isla, Enrico Martín, Juan de Cebicos y Francisco Naranjo, declararon no ser á propósito ninguno para el fin que se perseguía.

Alonso Arias, por su parte, fué comisionado para examinar otro proyecto propuesto por Luis de Salcedo, labrador del rumbo de la

ciudad de Tetzco, que hacía pasar su desagüe por Papalotla, de aquí por Tepetlastoc, por un lado de Otumba, hasta rematar por unas quebradas; pero Arias fué de opinión que era imposible practicar el desagüe por esta parte. Reunióse en seguida el virrey con el Real Acuerdo, al que asistió también el Licenciado D. Diego Landeros de Velasco, visitador entonces de la Nueva España, y habiendo visto una relación de todo lo actuado en razón del dicho desagüe, y las medidas y pinturas hechas de los sitios y partes propuestas para él, y otros papeles y pareceres que hicieron al caso, y tratándose y conferido cerca de ello, se resolvió y acordó «que se hiciera el desagüe por la parte de la Laguna de San Cristóbal Ecatepec, Pueblo de Huehuetoca, y sitio nombrado de Nochistongo; mandando que el desagüe se hiciera de manera de expeler las aguas del lago de México, sin que fuera necesario ahondar la parte por donde había de correr el agua desde la laguna de Citlaltepec, y que la obra se pusiera inmediatamente en ejecución.» Así lo ordenaron por auto pronunciado el mismo día de la Junta, 23 de Octubre de 1607, auto que firmaron D. Luis de Velasco, virrey de Nueva España, el citado visitador Landeros, Lic. Diego Núñez Morquecho, Doctor Juan Quesada Figueroa, Licenciados Rodríguez y Pedro Juárez, y el notario que dió fe de todo, D. Alonso Pardo. (1)

Así, pues, el proyecto aprobado por la anterior junta fué el que propuso Enrico Martin, quien tuvo muchos competidores, luchó con la oposición tenaz que desde entonces inició contra él Alonso Arias; pero que al fin triunfó, aunque limitando su tarea á desviar por el rumbo indicado el río de Cuauhtitlán, el enemigo fluvial más poderoso que tenía en el Norte la ciudad de México.

Pero ya que tenemos que ocuparnos mucho de tan célebre personaje, bueno es que consignemos en esta parte de nuestro relato, las noticias biográficas escasísimas que nos han transmitido los antiguos cronistas y sus contemporáneos; comenzando por fijar su nacionalidad y lugar donde vió la luz primera, en vista de las importantes y decisivas investigaciones que publicó el erudito escritor D. Angel Núñez Ortega.

(1) *Relacion por CEPEDA y CARRILLO*, folios 10 á 14.

El verdadero nombre y apellido del famoso autor del desagüe fué Henri Martin, que él ó sus coetáneos castellanizaron llamándole Enrico Martínez, cosa común en el siglo XVI, pues tenemos un ejemplo en el primer impresor de México, que se llamaba Juan *Paoli* y se le castellanizó nombrándole Juan *Pablos*.

No fué raro tampoco que en dicho siglo y siguiente, como asegura el Sr. Núñez Ortega, usaran de tal subterfugio los extranjeros para introducirse en América, principalmente los *genizaros* á quienes estaba prohibido emigrar hasta las posesiones españolas; pero no creemos, con el citado autor, que Enrico Martin haya acudido á este medio para llegar aquí, pues como veremos adelante, fué cosmógrafo del Rey é intérprete del Santo Oficio, cargos que no se le hubieran confiado si hubiese venido como un aventurero.

Diversas son las opiniones sobre la nacionalidad de Enrico Martin. Beristáin dice que fué natural de Ayamonte en Andalucía; pero á ser cierto, nacería de madre española y padre extranjero; de lo contrario, Fr. Juan de Torquemada, que lo conoció, no le hubiera llamado *extranjero*, pues él era natural de la Península. «Y aunque esto ocurra una sola vez en la *Monarquía Indiana*, dice el Sr. Núñez Ortega, obra de una manera muy parecida la advertencia hecha con anterioridad (lib. I, cap. X), de que Enrique Martínez imprimió su *Reportorio en lengua vulgar castellana*; aviso innecesario, explicación que sólo convenía hacer si, siendo español, hubiera escrito en otra lengua. Pero como Enrico era extranjero, y Torquemada lo sabía, éste juzgó oportuno informar que el Reportorio estaba en Castellano. . . .»

Corroborar lo que asentó Torquemada el viajero italiano Gemelli Careri, quien aunque no fué contemporáneo de Enrico Martin, sí trató y se informó de todo con D. Carlos de Sigüenza y Góngora, mexicano muy competente en lo relativo al desagüe. Pues bien, Gemelli Careri designa á Martin con el calificativo de *europeo*, y es muy notable que no dice *español de Europa* «como fuera natural si únicamente hubiera querido establecer la distinción de no ser criollo.»

El barón de Humboldt fué quien propagó que *Enrique Martínez* era tenido generalmente por holandés ó alemán. Opinaba que

su nombre sin duda indicaba descendencia extranjera, y que podía haber sido educado en España. Pero como hace observar el Sr. Núñez Ortega, no hay indicio alguno de extranjería ni en el nombre ni en el patronímico de *Enrique Martínez*. « Tanto el primero como el segundo son muy castellanos, si bien es cierto que también pueden ser holandeses (Hendrik Maartensz). Heinrich (Enrique) es asimismo nombre alemán, y en Bohemia existe el patronímico Martinitz, de terminación eslava. Mineros alemanes hubo en México enviados por Carlos Quinto para instruir á los españoles. Con anterioridad al año 1542, ellos ó sus descendientes ya explotaban algunos criaderos en la jurisdicción de Sultepec, (1) llamada entonces Provincia de la Plata (2); pero no conocemos datos que liguen á Enrico con esos mineros. » Van Kampen, en la obra que cita el Sr. Núñez, intitulada *De Nederlanders buiten Europa*, tomo 1º, pág. 324, se inclina naturalmente, siguiendo la opinión de Humboldt, á tener por holandés á Enrico Martínez.

D. Manuel Berganzo opinaba que Enrico pudo haber sido portugués, y con esto, sin intentarlo, reforzó la idea de Beristáin que lo hacía natural de Ayamonte, villa que, como es sabido, está situada en la embocadura del Guadiana, frontera de Portugal.

No han faltado, por último, quienes lo hagan mexicano ó criollo, educado en Flandes, pero sin fundamento sólido para apoyar tales aseveraciones.

En resumen, resulta de lo que antecede, que Enrico Martín era extranjero. ¿Pero dónde nació? Dos testimonios contemporáneos resuelven á nuestro juicio la duda que, hasta hoy, ha reinado en el asunto.

Arnoldo Montano, en su muy interesante obra citada por el Sr. Núñez Ortega, y que lleva por título *De Nieuwe en Onbekende Weereld* (Amsterdam, 1671), págs. 233 á 234, describe la inundación de México y reproduce una carta dirigida al P. Hernando de León, sacerdote de la Compañía de Jesús, por Bernabé Cabo, en la que le dice entre otras cosas:

« El FRANCÉS Enrico Martín emprendió ahondar el río de Cuau-

(1) ICAZBALCETA, *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, fol. XXVI.

(2) VILLASEÑOR, *Teatro Americano* (México 1746), lib. 1º, cap. XLV.

titlan que desagua en la Laguna, y hacer mediante esa excavación una balsa ó dársena donde el lago derramase el exceso de sus aguas. El jesuita Juan Sánchez se opuso al proyecto, formulando muchas objeciones; esto no obstante, continuaron los trabajos, y el agua bajó de tal modo, que podía irse á pié enjuto hasta el Peñol, que es una roca situada á una legua de distancia de la ciudad.»

Como observa perfectamente el Sr. Núñez Ortega, este testimonio de un coetáneo, que pertenecía á la misma orden del P. Sánchez y que estaba enterado de la controversia que tuvo con Enrico, sería suficiente para resolver la duda sobre la nacionalidad de Martín; pero á mayor abundamiento y como confirmación vamos á citar otra prueba.

El insigne autor dramático mexicano, D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, contemporáneo de Enrico Martín, á quien conoció y trató y admiró elogiando la obra del desagüe, en términos de colocarla entre las maravillas del mundo, no contento con esto, delineó é hizo protagonista de su comedia *La Cueva de Salamanca* al célebre autor del desagüe, y en una de las escenas pone en su boca esta narración autobiográfica:

«No soy sino pecador;  
Mas si algún placer os hago  
En decir quien soy, sabreislo,  
Si ois un pequeño rato.  
En letras y armas la nación famosa  
FRANCESA, me dió ser; padres honrados,  
Si no de sangre tuve, generosa;  
Que no jacto valor de mis pasados:  
Propia virtud es calidad gloriosa;  
Paternas armas, timbres heredados,  
Armas son ciertas de su autor primero;  
Vana opinión las pasa al heredero.  
En la niñez las artes liberales  
Me dieron EN PARIS honrosa fama;  
Pero en la edad, autora de los males  
Que en el rostro el sutil vello derrama,  
Fueron mis travesuras desiguales,  
Nacidas del amor de cierta dama,